

Una anécdota de Alfonso XIII
(*El Imparcial* [México], 17-X-1907)

Refiere Blasco Ibáñez, hablando de las peripecias por que suele pasar el joven monarca, a causa de su amor al automovilismo:

«Una vez, pasando por Aragón, se detuvo en unas viñas que estaban vendimiando. Los buenos baturros, de franqueza legendaria, contemplaron el automóvil con la mirada indiferente del árabe a quien nada asombra. ¡Vaya un “bicho” raro!... Después miraron al que descendía de él, un muchacho alto, seco, de mandíbula saliente.

—Y tú, ¿de dónde eres, chico?... ¿De Madrid?

Luego le invitaron a sentarse, con esa cortesía caballerosa y sincera de campesino español, el cual compadece a las gentes de las ciudades por su palidez y mala salud, atribuyendo esto a falta de alimentación y a que no tienen tierras que cultivar.

—Siéntate y toma uvas. ¡No tengas vergüenza, hombre! Come las que quieras..., que tienes cara de hambre.

Otra vez, cerca de un pueblo, se rompió el automóvil del rey, y este, que iba en uniforme de campaña, acompañado de Caserta, su hermano político, echó pie a tierra mientras llegaba otra máquina que venía detrás.

Un grupo de muchachas del pueblo se acercó a los dos militares jóvenes. Dudaban, mirándoles, y al fin, la más atrevida se acercó a ellos sonriendo.

—¿Alguno de ustedes es el rey, “por una casualidad”?

—No: el rey viene detrás de nosotros —contestó Alfonso.

Luego, Caserta, sacando la petaca, ofreció a su cuñado un cigarrillo de papel, y comenzaron a fumar.

—Ya me figuraba yo que ninguno de ustedes era el rey —dijo la muchacha, satisfecha de su penetración—. Porque ustedes fuman cigarrillo de papel, y el rey solo puede fumar puros habanos.»